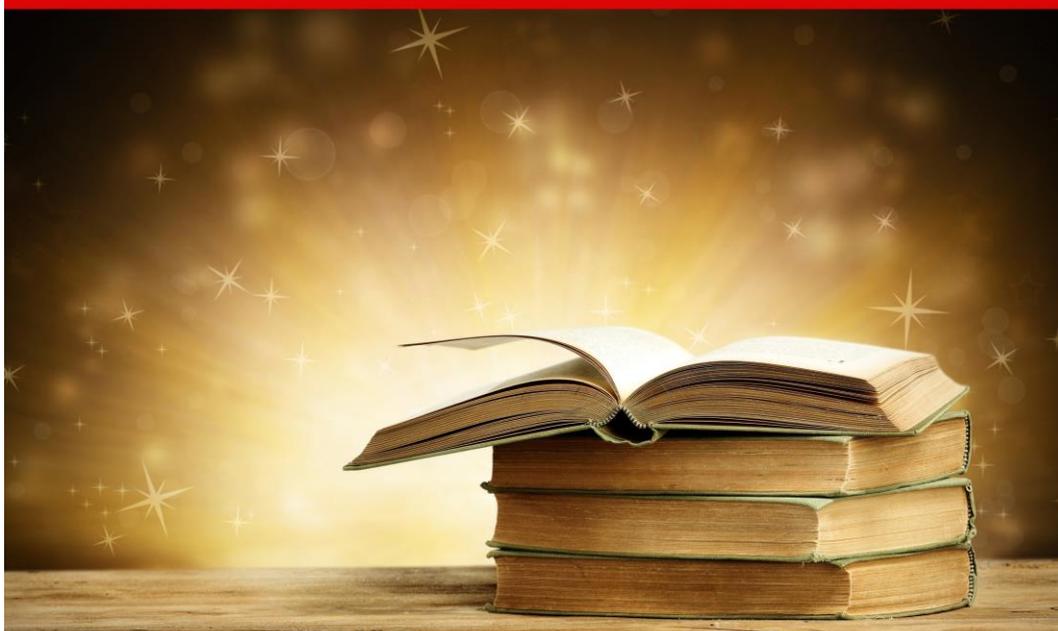


# IX Certamen de Relatos Solidarios “Remedios López” In memoriam



Primer Premio:

*El Iluminado*. Autor: Miguel Ángel Molina Jiménez

Segundo Premio:

*Una Mujer*. Autora: Mercedes García Esteo

Tercer Premio:

*Un viaje hacia los frutales junto al mar*. Autor: Carlos Contreras Guervós

**Organiza:**



## Relatos Premiados

*Certamen de Relatos Solidarios «Remedios López».*

Edición de 2023

## EL ILUMINADO

Por el río pasa todo, nos viene todo. Es en esencia la vida misma. Y allí, en su orilla de arenas fangosas, se había reunido la comunidad entera para ver llegar al *Iluminado*. No esperábamos a ningún chamán —nosotros ya teníamos al nuestro, aunque sus poderes sobrenaturales apenas convencían ya a las viejas desde que llegó al poblado la química. Empaquetada y en forma de comprimidos—, tampoco a un Mesías que nos guiara con sus máximas insoslayables. El apelativo era pura invención de Teodora, a quien divertía mucho eso de adjudicar nombres estrambóticos a los extraños, antes incluso de que estos tuvieran la oportunidad de presentarse.

Todos teníamos la mirada puesta en una misma dirección, río arriba. Los ancianos pronto encontraron reposo a su paciencia en unos troncos secos, desde los que intercambiaban fábulas inconexas sobre lo que estaba por venir, mientras que los más jóvenes no hacían otra cosa que saltar y correr de un lado a otro, tensando y destensando sus extremidades como muelles recién salidos de fábrica. Algunos, víctimas de esa inquietud que produce lo novedoso, aguardábamos con los pies desaparecidos en la turbiedad del río, ansiosos de que sus aguas mansas fluyeran con la celeridad de los rápidos de alta montaña, por si así pudiera adelantarse en el tiempo lo que se nos había anunciado.

La escena que componíamos era una reproducción de la que tuvo lugar cuando nos enviaron los depósitos de agua. El guion, idéntico, aunque los espectadores tal vez fueran menos numerosos entonces —la expectación que ha creado la llegada del *Iluminado* no se había experimentado antes en nuestra comunidad—. Resultó paradójico contemplar como aquel día la barcaza, la misma que ahora esperábamos con tanta excitación, llegó deslizándose sobre el agua con aquellos enormes recipientes dibujando su estela. Desde la distancia, se confundían con un rebaño de ovejas siguiendo obedientes a su pastor. El río nos traía entonces lo que él mismo no nos podía ofrecer.

Se nos dijo que era una solución temporal, que si queríamos que nuestros hijos no enfermaran y que la comunidad subsistiera debíamos utilizarlos. Una forma limpia de recoger y almacenar agua durante la temporada de lluvias. Nos comprometimos, nos iba el futuro en ello, aunque a nadie se le escapaba que no hubieran sido necesarios de haberse puesto freno antes a las poderosas compañías madereras. Eran los aserraderos los que viciaban las aguas del río. Dice Ernesto, nuestro representante en el Consejo de la Municipalidad, que se está tomando conciencia, que la tala indiscriminada se va a terminar, que se van a prohibir los vertidos y que disfrutaremos de electricidad sin necesidad de los generadores de gasolina, tan ruidosos como caros de mantener. Por eso fue que nos congregó a todos junto a la orilla del río, por lo mismo que se le vio tan preocupado ante el retraso del *Iluminado*. Al fin y al cabo, él era su principal valedor y su anfitrión mientras estuviera con nosotros.

Ninguno sabíamos quién arribaría en la barcaza ni a la hora exacta en que eso se iba a producir. Alguno, desesperanzado, anunció en voz alta: "Hoy ya no llegará nadie". No se trataba de una certeza, aunque sí verbalizaba un presentimiento común que fue cubriendo de negritud nuestro ánimo a la misma velocidad que el sol se dejaba atrapar por los brazos crecientes de la vegetación selvática. Pronto la comunidad dejó de ser una unidad para disgregarse en insignificantes grupúsculos, y, al igual que las noches anteriores, con la oscuridad arrancaron los ronquidos mecánicos de los generadores.

Solo yo decidí permanecer un poco más con el trasero anclado sobre la arena de la orilla. Más por desocupación que por perseverancia. Contemplaba los débiles reflejos de la luna menguante sobre el agua cuando vislumbre aquella luz. En un primer momento, no más que una especie de luciérnaga deslizándose en un horizonte

donde río y selva se confundían. Luego la corriente la hizo crecer en tamaño e intensidad, pudiendo distinguir bajo el resplandor que los guiaba la silueta de dos hombres junto a su carga dentro de la barcaza, una pila de planchas de apariencia metálica de aproximadamente un metro de lado —artefactos que yo veía por primera vez y de los que desconocía su utilidad—. Al encallar la proa de la embarcación en la arena, el foco que colgaba de un mástil, y cuyo cable se alargaba hasta encontrar conexión en una de aquellas planchas, ya hacía las funciones de faro.

—Buenas noches, siento el retraso. —dijo el hombre que bajó de la barcaza y vino a estrecharme la mano.

—Usted debe ser... el *Iluminado* —dije vacilante, al tiempo que levantaba innecesariamente mi lámpara de petróleo. En ese momento, no se me ocurrió nada mejor como portavoz improvisado del extinto comité de bienvenida.

—¿*Iluminado*? No, mi nombre es Raimundo —repuso extrañado—. Soy el ingeniero enviado por la Municipalidad para instalarles un sistema de luz eléctrica sostenible. Supongo que ya estarían avisados. ¿Le importaría ahora ayudarme a descargar los paneles solares de la barcaza? Mañana, con la luz del día, les explicaré su funcionamiento y empezaremos el montaje.

***Autor: Miguel Ángel Molina Jiménez***

## UNAMUJER

*UnaMujer* observa el océano a la par que el vuelo de un águila pescadora alcanza las nubes y la sobrepasa. No lo ve. Su mirada prosigue mucho más allá, hacia el horizonte que dibuja una delgada línea; la que separa el cielo y el mar, mientras intenta imaginar el mapa de su país desplegándose como una bandera.

La dignidad de las mujeres de su pueblo llega a través de la brisa marina. Atraviesa desiertos, estepas, y esperanzas. Persiste a través de los acuíferos y pasa veloz por encima de un viejo baobab cuyas ramas parecen raíces. Escucha el viento sobre las caracolas. De repente, la brisa arrastra la calima. Le habría gustado que oliera a tierra húmeda y a flores silvestres, pero *UnaMujer* sabe que no hay agua en su país, que el horizonte permanece inalterable, que habría que invocar la lluvia al igual que políticas eficientes que ayudaran a su pueblo.

*UnaMujer* se levanta con lentitud y vuelve a mirar por última vez hacia el lugar exacto en el que reside su esperanza. ¿Qué pasaría si todas las mujeres de todos los continentes lucharan por su derecho a una vida digna? Bien sabe que lo harían. La mujer sostiene la tierra, es como el río y como el valle; como el árbol, como el fruto. La mujer es la savia, la verdad, la fortaleza. Pero las piernas cansadas no pueden recorrer las huellas borradas por gobernantes y países que no se comprometen. Las pisadas espantan la noche. Se yerguen frágiles. Tiene la sensación de que esas palabras que ha escuchado y que son importantes van habitando en su corazón: igualdad, desarrollo, participación ciudadana. La gran importancia de la Sostenibilidad, del Saneamiento, de la Escuela, le suenan a verdad.

Le han contado que el Objetivo número seis del Desarrollo Sostenible habla del agua limpia y del saneamiento. El tres, de la salud y el bienestar. Y el primero, del fin de la pobreza.

Pero nada es fácil en su país. Las mujeres recorren diez kilómetros al día para conseguir un poco de agua sucia, agua marrón que luego se vuelve verde por los insectos que mueren en ella, agua que ni siquiera está a salvo de bacterias porque los animales lamen con total impunidad las cucharas que se colocan sobre los pucheros.

¿Cómo explicar el milagro de sobrevivir cuando hay estaciones en las que se alcanza una temperatura superior a 50 grados? ¿Cómo explicar que es muy difícil conseguir un mínimo de desarrollo cuando no hay personal médico?

Sin lugar a dudas, *UnaMujer* sabe esperar. Mañana, sin falta, volverá al mismo lugar de encuentro, a la sagrada orilla desde la que implora para que se arreglen los problemas de su pueblo. No entiende de Cumbres, ni de promesas; ella cree que la lluvia, igual que la sanidad, debería de llegar por igual a todas las naciones. Pero eso no ocurre. La solución debería de estar en su propio país, en sus gobernantes, mas sabe que no queda tiempo, que el no consumir agua tratada desemboca en contagio de enfermedades y en la muerte de las personas vulnerables, que las epidemias avanzan sin piedad, que el no obtener asistencia sanitaria lastra su futuro. Necesitan ayuda.

¿Cómo hacer entonces que los pueblos del norte abran los ojos a las necesidades de los pueblos del sur? ¿Acaso alguien puede desconocer que millones de personas no tienen acceso a retretes o letrinas?, ¿acaso el mundo ignora que los habitantes de muchos países no pueden lavarse las manos porque no hay agua? Necesitan iniciativas, proyectos, ser escuchados, ser valorados. Aparecer en los mapas del mundo.

El baobab cuya imagen le llega a fogonazos, el mismo que lleva expectante más de 3.000 años, sí puede decir que lo ha visto todo: numerosos animales cazar, mujeres y niñas recorrer los caminos acarreado agua, extranjeros visitar los

maravillosos atardeceres que se contemplan desde sus inmediaciones. Si estos extranjeros supieran que él es un privilegiado porque puede llegar a almacenar miles de litros de agua entre las cavidades huecas de su corteza esponjosa, si supieran que la escasez de agua aquí puede llegar también a padecerse en sus países, entonces comprenderían, y se sentarían a su sombra a reflexionar sobre la vaguedad de las fronteras. El baobab quisiera regar la tierra mortecina, ayudar a amamantar a los niños, que todos bebieran de su manantial de agua nítida, pero es estático. La naturaleza lo ha privado de movimiento a cambio de concederle el preciado oro líquido, y flores de colores amarillos y blancos. Sus raíces, mirando hacia el cielo, parece que imploraran más justicia, menos desigualdad.

UnaMujer se rinde ante el cansancio. Termina soñando con el cuento que le contaba su padre acerca del río de cinco colores que parece contuviese un arco iris derretido, en cuyo fondo se reproducen algas que le otorgan bellos matices. Cualquiera persona, al asomarse, podría contemplar agua pura, asequible, potable. Como un derecho básico. Como un paraíso. Y entonces, las lágrimas de *UnaMujer* se deslizan por su rostro al pensar que es solo un cuento y caen a la tierra, penetrando por la yerma costra hasta alcanzar el incipiente tallo de una florecilla que lucha por romper el terreno.

A la mañana siguiente, cuando recorre de nuevo el camino, *UnaMujer* se fija en un glorioso lirio que, temblando, saluda tímidamente al sol. Lo contempla durante un segundo. Y sonrío. Y cuando *UnaMujer* sonrío, aunque sea durante un breve instante, casi imperceptible, debería de sonrío el mundo entero.

***Autora: Mercedes García Esteo***

## UN VIAJE HACIA LOS FRUTALES JUNTO AL MAR

Las primeras noticias del telediario no tienen espacio para los misiles que han caído alrededor del campamento de Ein-Sultán. Las esquiras y las rocas, movidas por la onda expansiva, han reventado el tanque de agua. Sin suministros, y con proyectiles sobrevolando como un águila, el campamento ha dejado de ser un lugar donde estar a salvo. Quizá la voz de Nyah, para los soldados, sea tan pequeña como la habitación de adobe a sesenta kilómetros de su segunda casa, en Hebron: una lona azul desteñida por el sol con tres palos y dos esterillas. La primera casa ahora es un amasijo de vigas, escombros, gritos y ceniza.

De aquello recuerda lo que le contaba su *baba* y lo que decía la piel curtida de hombres y mujeres mientras tomaban el té en silencio. También recuerda que su madre llamaba a la tienda de campaña compartida con otra familia como “nuestro nuevo hogar”. Pero allí no había flores como en casa de la abuela. No había casi agua para beber, ni cuanto menos para regar las hortensias o las dalias del pequeño patio.

La minúscula habitación de adobe es cada vez más oscura. Nyah cura, como puede, con cuidado las vejigas en los pies de Dunia. Después acoge en su vientre los mocos y las lágrimas de su hermana pequeña. Llevan dos semanas caminando sin ningún rumbo. El hambre y la sed aminoran su paso. Ayer una anciana, después de darles un par de tortas duras de harina, les dijo que estaban a pocos días de Ramallah. Allí les esperaba una camioneta para llevarlas hasta As-Safa. Para sus diminutas piernas unos días eran un doloroso infinito. Y más cruzando el desierto.

Hoy la jornada ha sido larga y el camino ha ido devorando las zapatillas hasta reducirlas a unas ampollas infectadas. Descalzas, las moscas se dan un festín en

los pellejos y yagas. Los pasos los ha borrado la brisa. Sobre la arena no hay camino de vuelta. Ya no hay tiempo de mirar atrás.

Donde se esconden, esta noche, ni siquiera hay monstruos bajo la cama porque todo lo que tienen es una manta áspera en el suelo para las dos. Buscan el calor y el consuelo de apretarse la una contra la otra. Nyah imagina el mar. Desde hace unos días el aire que expelen los bombardeos apagan las velas del cuarto de adobe. Apenas tiene siete metros cuadrados. El pozo de fuera tiene el agua corrompida. No importa, la beben. Tampoco sienten el estómago como para que les de dolor de barriga. Por el único ventanuco, en la noche, se cuelan las estrellas que, de madrugada, centellean invisibles en un cielo profundamente naranja. Nyah le cuenta a Dunia que donde están amanece cada quince minutos. No la puede engañar, el estruendo gigante rompiendo el cielo empapa de terror los pantalones de Dunia hasta calar el polvo del suelo. Lloro. Ella le aprieta tanto contra su pecho que la menor puede escuchar el latido de su hermana, como el rumor de una caracola en la oreja. Eso la calma, no está sola. Nyah cuele el agua de la cantimplora sobre su camiseta, que hace de filtro, y le da un sorbo a Dunia. Duerme. Ella no, por el ventanuco su mirada busca alguna estrella que la acompañe. Tal vez la de su *baba* o la de mamá.

Recuerda, Nyah, una nana que le cantaba su madre cuando había, raramente, una tormenta. Ahora, sin quererlo, con catorce años se ha convertido en mamá y en papá al mismo tiempo. Canta casi en silencio: *“Duerme estrella, duerme/ arropada de pétalos y besos,/ vive en la luz de arena,/ semilla de dalias./ Duerme estrella, duerme,/ que esta noche de tormenta/ mi voz caliente envuelve tu sueño./ Duerme estrella, duerme.*

Los días pasan y pasan de refugio de adobe en refugio de adobe. De ruina en ruina.

Todos iguales: pequeños, oscuros, sin agua, con un ventanuco. Ayer, casi desmayadas, las encontró una mujer con un chaleco azul y una línea naranja como el vuelo de un *falco naumanni*. Fue toda la luz, incluso los días de sol, hasta el final del túnel. Su nombre es Naouar, significa flor.

Hace dos meses ya, desde que nos encontró, que la única bombilla dejó de funcionar. Se apagó en cientos de cristales y una honda irisada final como un fino cordel eléctrico o el nado esponjoso de una medusa. Sobretudo le recordó a los fosfenos de niña: a la sensación de cerrar los ojos y frotarlos, hasta enrojecerlos, deseando que la muerte de papá, mamá y el pequeño Nassin hubiesen sido una pesadilla dibujada por los truenos en aquellas noches de tormenta. Ojalá. Atrás quedaron tantos, -como la verdadera hermana de Dunia y sus padres-, que no encontraron el camino, una mano amiga como la de Naouar, un refugio, un sorbo, una oportunidad. Quedaron sus nombres y vidas en el alambre, en la tierra, entre cascotes, en la aridez, en los gritos, en un disparo por la espalda con un bebé que, como ellas en aquella pequeña habitación, no verá la luz.

Algunas noches, si hay tregua, el viento transporta notas de olivo y el vaho de los frutales de repoblación, cercanos a la orilla del Mediterráneo, las acunan en una brisa plácida. Aún en la guerra hay alguien que se preocupa de los árboles. Mientras unos queman la tierra con agujeros profundos como heridas, otros la riegan con mimo soñando que mañana será una datilera, un limonero, una fragaria, un naranjo. “El agua construye o destruye”, decía su abuela. Nyah ahora entiende por qué.

Piensa, también, en cuánta razón tenía siempre su abuela, “la paz entre nosotros empieza por cuidar de las semillas.” Una lágrima, inevitable, desemboca en su comisura. Es la primera vez que llora desde que huyó. Dunia se la limpia con la manga. Sus pequeñas manos subrayan, con ternura, las facciones de dolor de Nyag.

“A lo mejor nos queda poca agua en la botella porque no lloramos lo suficiente”, dice la menor. Nyah y Naouar ríen, inmediatamente el ángel velado de chaleco también llora. El ruido de los aviones despeinan el surco del páramo. Otra noche en vela.

En la última semana han contado más cazas, sobrevolando el cielo azul, que cigüeñas. “En algo se parecen”, se dice Nyah, “pues ambas huyen y siguen otro camino, unas del plástico, los gases de los coches, los luminosos de publicidad y ellas de los misiles, los escombros, el hospital y la muerte. Migran por causas distintas pero migran. “Ellas vuelven a su hogar, como nosotras”, dice Naouar. “O no, si el ser humano destruye su casa no tendrán miedo de sus cimientos”. Un silencio reina la habitación.

Escondidas esperan la oportunidad de salir de la habitación de adobe. El último refugio antes de llegar a Ramallah y poder coger la furgoneta que les lleve a la parcela de campo de As-Safa. Por el ventanuco, Nyah, sueña con jardines de jacintos, dalias y orquídeas como las del humilde vergel de su abuela junto al manantial, en su primera casa. Su única casa, antes de que unos monstruos, peores que los de debajo de la cama, acabaran con todo. Los mismos monstruos que separaron a Dunia de su familia y fue en la mano de Nyah, después en la de Naouar también, donde encontró la oportunidad de caminar. Por el ventanuco, al poco de pasar un misil, vislumbra una cigüeña. Y tal vez como ella, algún día pueda ver el mar.

*Autor: Carlos Contreras Guervós*